



2007

Economías de Redención: "La Agricultura de la Zona Tórrida" (1826) de Andrés Bello

Alvaro Kaempfer
Gettysburg College

Follow this and additional works at: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac>

 Part of the [Latin American History Commons](#), [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Latin American Studies Commons](#)

Share feedback about the accessibility of this item.

Kaempfer, A., Economías de Redención: La Agricultura de la Zona Tórrida (1826) de Andrés Bello. *Modern Language Notes*. 2007. 122: 272-293.

This is the publisher's version of the work. This publication appears in Gettysburg College's institutional repository by permission of the copyright owner for personal use, not for redistribution. Cupola permanent link: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac/4>

This open access article is brought to you by The Cupola: Scholarship at Gettysburg College. It has been accepted for inclusion by an authorized administrator of The Cupola. For more information, please contact cupola@gettysburg.edu.

Economías de Redención: "La Agricultura de la Zona Tórrida" (1826) de Andrés Bello

Abstract

Si "Alocución a la Poesía" (1823) de Andrés Bello era un llamado a dejar Europa, cruzar el Atlántico y fundar la historicidad del Nuevo Mundo, "La agricultura de la Zona Tórrida" (1826) sería su factura programática. Sobre un proyecto poético inconcluso que Bello tituló América, la poesía, matriz cultural de Occidente en el primero, traza, en el segundo, la conversión de los hijos del colonialismo en sus nuevos agentes poéticos e históricos. "Agricultura" liga la genealogía de esa América, "del Sol joven esposa / del antiguo Océano hija postrera" según "Alocución," a la voluntad transatlántica que convertirá su naturaleza en historia (59–60). Desde Londres, en las "Silvas" y al final del ciclo independentista, Bello sostiene que el desafío del Nuevo Mundo es rehacer lo humano y lo occidental mismos sobre el suelo americano. Esta visión supera la "denuncia del engaño y la corrupción ciudadanos y la exaltación de las virtudes de la vida campesina" vistas por Emir Rodríguez Monegal en el poema (103). Excede, a la vez, el llamado a no "agotar las fuerzas vitales en la fiebre de la política y en domésticas disensiones," subrayado por Miguel Antonio Caro (52). Las "Silvas" dibujan una poética cultural que busca crear la América post-colonial y post-europea que devendrá historia ante el "atónito Occidente" ("Agricultura" 352). Bajo esta perspectiva, abordo el programa poético de "Agricultura" en relación con el diseño de los protagonistas de una historia americana tras la conversión ética de los hijos del colonialismo a través de la agricultura.

Disciplines

Latin American History | Latin American Languages and Societies | Latin American Studies

Economías de redención: “La agricultura de la Zona Tórrida” (1826) de Andrés Bello



Álvaro Kaempfer

Si “Alocución a la Poesía” (1823) de Andrés Bello era un llamado a dejar Europa, cruzar el Atlántico y fundar la historicidad del Nuevo Mundo, “La agricultura de la Zona Tórrida” (1826) sería su factura programática. Sobre un proyecto poético inconcluso que Bello tituló *América*, la poesía, matriz cultural de Occidente en el primero, traza, en el segundo, la conversión de los hijos del colonialismo en sus nuevos agentes poéticos e históricos. “Agricultura” liga la genealogía de esa América, “del Sol joven esposa / del antiguo Océano hija posttrera” según “Alocución,” a la voluntad transatlántica que convertirá su naturaleza en historia (59–60).¹ Desde Londres, en las “Silvas” y al final del ciclo independentista, Bello sostiene que el desafío del Nuevo Mundo es rehacer lo humano y lo occidental mismos sobre el suelo americano. Esta visión supera la “denuncia del engaño y la corrupción ciudadanos y la exaltación de las virtudes de la vida campesina” vistas por Emir Rodríguez Monegal en el poema (103). Excede, a la vez, el llamado a no “agotar las fuerzas vitales en la fiebre de la política y en domésticas disensiones,” subrayado por Miguel Antonio Caro (52). Las “Silvas” dibujan una poética cultural que busca crear la América post-colonial y post-europea que devendrá historia ante el

¹Las citas remiten al número de verso de “Alocución a la poesía” o de “Agricultura de la zona tórrida” del primer volumen (Poesías) de las obras completas de Andrés Bello editadas por el Ministerio de Educación de Venezuela en 1952. De aquí en adelante las referiré sólo como *Alocución* y *Agricultura*.

“atónito Occidente” (“Agricultura” 352). Bajo esta perspectiva, abordo el programa poético de “Agricultura” en relación con el diseño de los protagonistas de una historia americana tras la conversión ética de los hijos del colonialismo a través de la agricultura.

El desafío de convertir la naturaleza en historia, deseo que ordenaría la América post-independencia en el poema de Bello, da paso al borrador de una nueva humanidad concebida como heredera del legado colonial y defensora de la trayectoria de Occidente. La fusión de lo ético y lo estético, subrayada por Emilia Macaya en Bello, esboza un horizonte poético de regreso a la presunta aurora histórica de Occidente, legible en el mundo clásico y caracterizado a partir de una comunidad campesina (41). El núcleo de ese programa estético e histórico es el “pequeño género humano” de Bolívar visto como el cuerpo político que encarna la regeneración de Occidente en América (62). El poema acoge “la idea de que el género humano no era el mismo en cada época,” tradición que Bernardo Subercaseaux liga a Vico, Montesquieu, Rousseau y, en general, a todos los ilustrados (16). Esa mutación la insume Bello en un poema donde la agricultura constituye el laboratorio biopolítico donde forjar el agente de una Modernidad cuya genealogía latina lo lleva a hundir sus presuntos orígenes en el mundo clásico. Esa mirada llevó a críticos como Aristides Rojas, según Antonio Ramos, a leer a Bello desde la defensa y filiación con “la raza que descubrió la América y fundó una civilización” (17). La petición hecha por “Agricultura” de partir al campo inculto de la naturaleza americana busca, precisamente, la regeneración de sus herederos mediante el trabajo. Es en este sentido que la tarea delinea una nueva comunidad histórica, económica y cultural, lejos de la ciudad colonial pero, al mismo tiempo, muy cerca del mitopoético agricultor griego.

El proyecto articulado por las “Silvas” abre la posibilidad de volver a dibujar la trayectoria de Occidente sobre la totalidad sintética y universal que hace de América el lugar de un renacimiento, de una nueva aurora humana (“Alocución” 1–4). En este diseño, la poesía permite imaginar una utopía ligada al reclamo de una genealogía cultural desde la cual articular América como su continuidad y, sin embargo, su otra historia. Las “granadas espigas” y la uva para “la hirviente cuba” enmarcan una ecuación poética que apela a la generosidad de la tierra para sobrepasar, precisamente, los límites de su geografía humana (“Agricultura” 7–8). América podía reconfigurar lo humano e histórico mediante la conversión ética y productiva de los herederos del colonialismo sobre los procesos más generales de

formación nacional (Pedraza Gómez 10). Esta visión del cuerpo criollo, su genealogía y productividad, afirmaba la primacía del legado *hispano* e insistía, de paso, en la inviabilidad histórica de la población nativa para agenciar una historia de alcance universal. No se trataba sólo de dar forma a una historia local sino de diseñar e implementar su despliegue global, para decirlo en términos de Walter Mignolo (Delgado 8). Los cuerpos capaces de sostener esa historia los dibuja el poema de Bello a partir de una ética agrícola ligada a la construcción ciudadana que replantea la experiencia colonial. Si tras la independencia el colonialismo le imponía a sus herederos el deber moral de corregir abusos previos, la tarea no podía renunciar al Occidente en cuya trayectoria se reconocían. Fuera de su curso no había opciones. Las greyes “sin cuento” a las que alude “Agricultura” ya habían sido absorbidas por la narrativa occidental impuesta por la Conquista (13). Además, la presunta incapacidad de la población nativa para forjar una historia de alcance universal anulaba, incluso, la tentativa por lograr su redención histórica y cultural al interior del relato euro-céntrico. Esa matriz poética cruzaría el siglo XIX.

La resistencia al proyecto colonial, surgida desde su instalación, según Roland Greene, daría paso al empeño por corregir sus deformaciones sobre una poética post-colonial que asegura la legitimación de la trayectoria occidental a la que respondía (428). La fusión de gente, historia y naturaleza debía producirse al interior de ese proyecto, haciendo de Occidente el imaginario fundador y el núcleo hegemónico de cualquier utopía americana. Occidente remitía a una de las posibles articulaciones culturales del proyecto colonial europeo, dependiendo del lugar aludido, precisa Wang Ning, y no sólo en torno a una y la misma trayectoria sobre la *tabula rasa* de la que cree partir, agrega Couze Veen (Ning 62; Veen 142–43). En tal sentido, la afirmación hecha por “Agricultura” de que las greyes que han habitado América “van sin cuento” las confunde con una tierra generosa cuyos frutos, como la banana, subrayan una fecundidad que es “no ya de humanas artes obligado” (13, 56). Este énfasis hace de la supervivencia no sólo un rasgo predominante y definitorio de aquellas greyes sino que, por extensión, un factor decisivo de su inviabilidad histórica. Esos grupos no producen sus condiciones de vida ni han alterado una naturaleza de la que serían parte. A la colonialidad del poder instalada por la conquista, el poema le endosa la visión agrícola, de cuño regresivo que, como anota Aníbal Quijano, dominó los planes post-independencia (535). En consecuencia, “Agricultura” liga una visión del orden, la ley y la sociedad previa a la ilustración, a una noción de Modernidad

cuyos orígenes conducen al humus odiseico de las aldeas griegas y cuya solución de continuidad la provee el mundo ibérico. El reclamo de esa genealogía, según señala Mignolo, estuvo sujeto a las diversas construcciones de la Occidentalidad (60). Sobre la reinención de ese presunto origen cabe situar, entonces, la tentativa hecha por Bello de articular una historia que rompiese tanto con la herencia colonial como con su cultura urbana (“Agricultura” 83).

Si la ciudad no era el sitio para lanzar una nueva trayectoria histórica, sentencia Bello, era imperativo partir al campo, a una naturaleza que va “desde el llano / que tiene por lindero el horizonte, / hasta el erguido monte, / de inaccesible nieve siempre cano” (“Agricultura” 14–17). El religarse a la naturaleza no significaba diluirse en ella; remitía, más bien, a una mirada que la concibe como el espacio de producción de una nueva ética pública capaz de guiar o relanzar una travesía histórica. Esta sería la poética defensa de “la agricultura, única fuente segura de riquezas,” como infería Pedro Lira Urquieta en su lectura de Bello (101). La agricultura sería una praxis fundacional, acotada y, sin embargo, de alcances tan globales que permitía, incluso, replicar un origen ligado a la eventual invención de Occidente hecha por el mundo clásico. Esta reinención le inyectaría densidad histórica a una tierra que, aún entonces, seguía siendo pura, generosa y fecunda naturaleza. Se trata de la visión del edén agrícola que transforma al soldado en ciudadano y no del hipotético retorno a una América virginal, como sostiene Julio E. Miranda (164). Es una actitud ante el paisaje hispanoamericano que se vuelve natural, afirma Graciela Montaldo, que permite imaginar el pasado y, sobre todo, proyectar el futuro (9). En las “Silvas,” la máquina productora de ciudadanos responde al imperativo de ley y normatividad observado por Beatriz Gonzáles Stephan en constituciones, manuales de etiqueta y gramáticas. Sin embargo, la escritura poética de Bello hace de esos formatos genéricos, los momentos de un proceso ligado al trabajo y a la factura biopoética de una nueva humanidad desde la agricultura. Si, como subraya Gonzáles Stephan, había que “crear la nación; pero, en especial, forjar los actores y escenarios que sirvieran de base para la existencia de esa nación,” el escenario al que apunta Bello era la tierra y la viabilidad de las naciones dependía de la conversión ética de sus miembros mediante el trabajo agrícola (433). Es la perspectiva de una América “como lugar de regeneración” del que habla Ximena Troncoso Araos (163). La agricultura, al menos en la formulación poética de Bello, era el mecanismo para asegurar esa regeneración sobre un espacio postcolonial que se mide por su productividad política e histórica.

El retorno a la tierra, en un gesto que remonta edades y procesos históricos, no sólo ordena un imaginario poético que busca recuperar a Occidente volcando la mirada al hipotético momento de su articulación; apunta, sobre todo, a la solvencia ética de un programa humanista para superar la experiencia colonial mediante el trabajo, en general, y el trabajo agrícola, en particular. La cuestión normativa, tan obsesiva como el problemático legado colonial lo fue para los liberales decimonónicos, según anotó Antonio Cornejo Polar, marca el deseo de crear esas condiciones (22–23). Ambos aspectos remiten a la formación de los agentes capaces de consolidar un orden que las “Silvas” sólo imaginan posible con la restauración de la aurora occidental en base a una matriz política, económica y social inscrita en el campo. Como señala Santiago Castro-Gómez, reiterando la perspectiva de Gonzáles Stephan, la formación de modelos de ciudadanía, lengua y sociabilidad suponía un Otro que, al mismo tiempo, era la negación de esos modelos (274–75). En “Agricultura,” sin embargo, la construcción de ese otro parte del rechazo a la ciudad como residuo de una herencia improductiva y a las poblaciones indígenas fundidas a una naturaleza y sujetas como ésta, a la gesta transformadora. El otro habita la experiencia colonial, ha sido formado por ella y se lo proyecta como su eventual superación o, en otros términos, su fase superior. No existe fuera de esa experiencia. La totalidad colonial americana debía ser ordenada por el arribo de la Poesía y la conversión productiva de la juventud criolla legada por el colonialismo. América, nuevo lugar para la historia, para la humanidad y para Occidente, era sintetizada bajo la triple otredad de cielo, mundo y gentes que “Alocución” ya le había ofrecido como morada a la Poesía (54–55). Su belleza, productividad, y fecundidad delinean una totalidad en condiciones de acoger las expectativas generadas por la trayectoria occidental. El rescate de la episteme estética de Europa, planteado por “Alocución,” da paso en “Agricultura” a una ecuación de orden y productividad ligada a un utilitarismo que, según la primera, habría sido, paradójicamente, la causa del ocaso europeo.

Tanto el rescate estético de la matriz cultural de Occidente como la colisión históricamente productiva con la zona tórrida en su curso, dibujan en el poema de Bello la promesa de su realización universal frente a una naturaleza de riquezas y matices infinitos (“Agricultura” 11). AMERICA, proyecto poético “inexistente” o “fantasmal,” según Guillermo Araya y Pedro Bartola, respectivamente, podía hospedar el renacimiento de una nueva y otra humanidad de la mano de la Poesía (Araya 61; Bartola 17). Las “Silvas” serían parte de una reflexión cul-

tural donde Bello no sólo evidencia, según Alamiro de Ávila Martel, su “romanticismo teórico, el utilitarismo benthamita” sino que, también, su “crítica a las formas de gobierno” (9). A esto cabe agregar el eco aún perceptible a la llegada de Bello del impacto de las “Geórgicas” de Virgilio durante el siglo XVIII en Inglaterra; de hecho, la recuperación de la dimensión poética tanto como práctica que se hizo entonces del poema de Virgilio fue un aspecto sobresaliente de sus relecturas, señala Frans de Bruyn (662). Los paisajes de ética, redención y trabajo agrícola de Bello acusan esa convergencia de estética y economía en la articulación de una poética histórica cuya producción no sólo transforma ambas sino que, sobre todo, produce los nuevos agentes de Occidente. Estos aspectos refuerzan la imagen histórica de una matriz cultural que sostiene lo que Meltem Ahiska viera como la fantasía occidental de la inalterabilidad de su tiempo (367). Ese tiempo y horizonte históricos inalterables son ligados por Bello a su aurora, a un *origen* cuya apropiación permitiría la transformación de la naturaleza y el despegue de la historia. El futuro de la zona tórrida dependería del retorno, en un juego circular, al punto de partida de la trayectoria que conduce al Nuevo Mundo. El gesto remite a un pasado remoto que se confunde, por un lado, con la invención de Occidente en el mundo clásico y, por otro, con su instalación soberana en una América que debía corregir los excesos del colonialismo.

En los versos de Bello se intuye una mirada y una reflexión acerca del impacto que la agricultura tuvo en la articulación Moderna de Inglaterra (Lowry 94). Ve en la agricultura el soporte para la recuperación del mundo ibérico frente al ciclo de transformaciones que desplazó hegemonías e instaló modelos a lo largo del siglo XVIII. Gaspar Melchor de Jovellanos y Domingos Vandelli en España y Portugal, respectivamente, son buenos ejemplos de esto. En tal sentido, Bello esboza el programa que caracterizaría estratégicamente la América post-colonial en relación con una serie de opciones puestas en juego ya al interior del mundo ibérico y sobre esa base retoma el desafío de darle forma al agente capaz de articular una nueva y universal trayectoria cultural que asoma en “Alocución.” El Occidente que avanza siguiendo el curso del sol tras un nuevo despliegue universal, llega a una América cuya generosidad espera de sus hijos a “quien desdeña el mundo los panales” (“Agricultura” 20). Uno y otro convergen creando las condiciones para formar, educar, producir, a quienes deben asumir el desafío de rehacerlo encarnando la mitopoética inscripción universal de la América postcolonial. Este diseño pedagógico no está lejos de una visión que, como indica Agustín Squella Narducci, delinearía

“fórmulas que garanticen la tranquilidad pública, pero que, a la vez, afiancen la libertad de los ciudadanos” (20). La irrupción de ese nuevo hombre u hombre nuevo que ayudará a parir y será parido por una historia universal, el mismo que replica otra en el momento de su emergencia, debe abandonar el espacio urbano legado por la colonia para asumir ese desafío. La ciudad colonial, continuidad o copia de la europea, sería clara expresión del ocaso cultural e histórico de esta última. Sin embargo, Bello está lejos de homologar el ocaso de la trayectoria histórica europea al fin de toda historia. Simplemente, como dice Ricardo Krebs, “[h]aciendo suya una idea familiar del pensamiento histórico de los siglos 18 y 19, Andrés Bello sostenía que la civilización avanzaba de este a oeste” (258). En términos de Edgardo Lander, los abusos de la experiencia colonial no comprometían el programa ni el curso inevitable de Occidente (525). Aún así, la sola réplica del curso europeo era un callejón sin salida.

En función de un nuevo comienzo, el poema de Bello recorre la naturaleza del territorio capaz de albergar la historia que lo anime sin que ello implique la simple continuidad o extensión de Occidente. Éste habría sido el rasgo dominante de la conquista. Lo que cabe ahora, tras la ruptura independentista, es la traducción americana de su presunto, remoto y clásico origen. El espacio americano, naturaleza por sobre todas las cosas, promete superar, incluso, grandes cunas históricas, industriales y culturales, como Tiro (“Agricultura” 24). La potencialidad universal del suelo americano para producir esa historia no es sólo legible en “Agricultura” sino que abunda en los borradores de las “Silvas” de Bello, con una enorme cantidad de detalles y precisiones regionales. Es la defensa de Bello de una América que venía siendo caracterizada, entonces y desde hacía tiempo, bajo lo que Susana Rotker llamó la “lógica de inferiorización” legible en Bufón, De Pauw, Raynal y Robertson (187). “Agricultura” sitúa dicha defensa dentro de una poética cultural que, en diálogo genérico y textual con el mundo clásico, apuesta por una naturaleza capaz de albergar una historia cuya proyección universal se ha de medir por la voluntad, conversión y empresa de sus agentes. Esta poética cultural no remite a un modelo o a una visión restringida a las *Silvas* sino que esboza una “poética activa” legible en la producción de Bello e, incluso, en otros autores del periodo (Figueroa 216). Es una defensa de lo que Luiz Bocaz concibe como una dispersa teoría cultural con la que Bello busca tanto “[e]xtraer de una sociedad periférica la materia prima para la construcción de una cultura local” como, asimismo, “crear las condiciones para el reconocimiento de su aporte

particular a lo universal en diálogo con la cultura de los países europeos hegemónicos" (22). Para Bocaz, era "una de las primeras voces que en la historia contemporánea allega una sólida argumentación a la demanda de respeto de la diversidad cultural" (22). Si bien la noción de diversidad surgida en debates contemporáneos parece fuera de lugar en esta afirmación, la sugerencia subraya que Bello traza una poética cultural incrustada en el mismo e inalterable curso que, presuntamente, cuestiona.

Tal como Barbara Fuchs y David J. Baker caracterizan, en general, los debates post-coloniales, el diagnóstico y las propuestas legibles en "Agricultura" remiten a las formaciones, disensos y paradojas intelectuales en juego al final del ciclo independentista (337). En tal sentido, la naturaleza en "Agricultura" delimita el escenario imaginario de una poética cultural orientada a relanzar una trayectoria que redima a Occidente sobre la conversión de la naturaleza americana en historia. Se trata, asimismo, de una escritura que apuesta al desafío de recomponer el legado colonial en base a "la poesía científica y la poesía didáctica," como destaca Hugo Montes en Bello (54). La factura de una nueva humanidad, de un hombre nuevo como protagonista de otra historia inscrita, sin embargo, en el curso general de Occidente, acusa la dimensión épica observada por Fernando Alegría en este poema (204–05). El texto de Bello esboza el sueño de una naturaleza fecundada por el sol a la espera de que sus hijos la transformen proyectándose, a la vez, como un nuevo y único "pequeño género humano." La utopía que inaugura la experiencia postcolonial dibujada por el ciclo independentista en "Agricultura," asume el rescate estético de Occidente delineado por "Alocución" a través de la conversión ética, política y económica de los hijos del colonialismo hispano. Esa transformación cobra forma en los versos de Bello mediante el sueño que no sólo conduce sino que, además, hospeda la escritura poética que interpela, ahora, a la zona tórrida ("Agricultura" 1). Esta reflexión estética y biopolítica sobre la modelación y modulación productiva de los cuerpos legados por el colonialismo, impone su reformulación de la mano de la transformación de una naturaleza cuya dimensión histórica pareciera confundirse con los frutos de su fertilidad ("Agricultura" 37). Si, como dice Greene, el post-colonialismo nace con la oposición a la colonización, el término de la sujeción colonial supone una inflexión que revisa ambos en torno a una misma travesía (424–25). Allí, "Agricultura" cruza diversos tiempos para crear memorias, pasados, para trazar genealogías compatibles con la fáustica voluntad de transformación de la naturaleza. El gesto rearticula el proyecto

occidental como matriz poética, estética y política de la América post-independencia.

Más allá de la generosidad de la tierra que lo verá renacer o que al acometerla para transformarla lo crea, el agente capaz de dotar a América de historia a partir de la refundación de Occidente, debe romper con una economía primitiva de recolección. Es preciso, en tal sentido, alejarse de la esclavitud que reduce a la naturaleza y hace históricamente inviable el mundo indígena que subsiste a pesar de la empresa colonial (“Agricultura” 63–65). Por otra parte, cualquier tentativa de emancipación no puede reproducir ni reducirse al legado de la colonia. La cultura urbana dejada por el colonialismo, no podría ser una opción válida como punto de partida o escenario posible de una nueva historia (“Agricultura” 74). Es preciso soñar otro comienzo. Se hace necesario ligar la naturaleza americana a una ética laboral que redima los hijos del colonialismo y transforme la primera mediante la agricultura. De este modo y en diálogo con el mundo clásico, surgiría el protagonismo político e histórico capaz de mediar el avance de Occidente y la conversión de una naturaleza generosa. El saludo a la zona tórrida planteado en *Alocución* da paso a la conminación al “indolente habitador” cuya praxis agrícola puede zanjar la ecuación de naturaleza y Occidente desatando una historia de alcance universal que, a la vez, rompa con el colonialismo (“Agricultura” 67). El desafío que se le plantea al “indolente habitador” es el de su propia transformación. Impulsar esa metamorfosis para inscribir soberanamente a América en el curso de Occidente exigía irse “lejos del necio y vano / fasto, el mentido brillo, / el ocio pestilente ciudadano” (“Agricultura” 72–74). La propuesta imagina la construcción de un humanismo ligado a la ruptura de la doble alienación que implicaría la sujeción a la naturaleza y al colonialismo. Luego, la transformación de la tierra en historia y la posesión de esa naturaleza y de sí mismos, por parte de los agentes creados en esa dinámica, serían un único y mismo movimiento. La convocatoria poética de Bello a crear una cultura humanística, según observó Lubio Cardozo, es en las “Silvas,” sobre todo, el llamado a dar paso a un nuevo humanismo (57). A dicha empresa está conectado el llamado hecho por “Agricultura” a renunciar “al falaz ruido” (68), al “necio y vano fasto” (72–73), al “mentido brillo” (73) y, sobre todo, al “ocio pestilente ciudadano” (74). Se debía romper con la ciudad, “ilusión funesta,” para renacer a la historia de la mano del trabajo y de la ética agrícola (“Agricultura” 75). La ciudad legada por la experiencia colonial debía olvidarse y ese olvido se confunde con un deseo de descolonización anclado a la nostalgia del origen presunto,

desterritorializado y transhistórico, de Occidente. El olvido colonial conduce al mundo clásico.

La crítica de la cultura urbana colonial es uno de los puntos de partida de la fórmula poética delineada por “Agricultura” al diseñar un ingreso a la historia bajo una ética del trabajo capaz de hacer posible la redención occidental americana. Se trata de un cuestionamiento, también y a su manera, del orden social heredado del colonialismo; sobre todo, por la convicción de que sus jerarquías consagraban los golpes de fortuna de los que ahora, entonces, se erigían en señores de las “patrias heredadas” (“Agricultura” 81). Una razón poderosa para abandonar aquellas “miseras ciudades” era que reproducían la norma, vicios y limitaciones que habían agotado la ruta colonial de Occidente en América (“Agricultura” 83). En las ciudades dominaba una herencia que no admitía cambio alguno, con la cual sólo correspondía romper y de la que sólo cabía escapar. Ante ese legado, lo único viable era el olvido. Desde Londres, Bello sitúa en los centros urbanos el estallido de ambiciones que habrían causado las guerras fratricidas e intestinas que, entonces, en los años veinte del siglo XIX, caracterizaban la América hispana (“Agricultura” 83). En ellas, reinaba la desidia que apagaba todo patriotismo (85), el lujo que atosigaba las costumbres (86) y los vicios que arruinaban la juventud y cancelaban el futuro (“Agricultura” 87–88). Sin embargo, aún así, el “indolente habitador” americano tenía y debía reconocer la salida que “del umbral le llama” (70). Esta imagen difusa que llama, irrumpía desde los bordes de la ciudad portando la promesa de un futuro concebido en sueños al interior del poema. La utopía de Bello en el umbral de un tiempo de cambios, crisis y transformaciones, cobra la forma de un *primero sueño* post-colonial. Bajo esta perspectiva, contra la ciudad colonial y desde Inglaterra, traza una poética de conversión global. “Agricultura” pide rescatar “con varoniles ejercicios” (89), la juventud atrapada por la “pérfida hermosura” (92), el dinero (93), los “ilícitos amores” (96), la “mesa infame de ruinoso juego” (98), la “lisonja seductora” (99), y “la disipación y el galanteo” (103). El objetivo de esa transformación es la juventud y el llamado poético asume la disputa por los jóvenes. El rescate de los retoños del colonialismo era un paso necesario para reclamar una herencia clásica y occidental por la que ésta, la juventud americana, debía reproducirse históricamente.

La promesa dibujada por Bello no está exenta de dudas, de desconfianzas, de incertidumbres. La descomposición que observa “Agricultura” en la ciudad colonial hace dudar que “de la algazara del festín de los beodos” (109), puedan surgir las condiciones en

que se “fundan y sustentan los estados” (108). Insiste, una y otra vez, en su rechazo a la cultura urbana porque no encuentra allí “la dura juventud” (111), la que sería “orgullo de la patria y esperanza” (112), y pudiera “con firme pulso / de la severa ley regir el freno” (114). Prima la cautela frente a una jerarquía social y cultural inalterada, incluso, por el estruendo independentista. Se sospecha de la capacidad, protagonismo y el liderazgo de “aquel que ya en la cuna / durmió al arrullo del cantar lascivo” (119–20). No ve en el que “se atavía / con femenino esmero, y en indolente ociosidad el día, / o en criminal lujuria pasa entero,” a alguien capaz de asumir el desafío surgido tras la independencia (122–25). El agente al que apunta no sólo debe mediar la relación entre la trayectoria de Occidente y la naturaleza americana, debe, también, manejar la ley con firmeza y conservar tanto la serenidad al ver “brillar en torno aceros homicidas” (115) como hacer “frente al genio altivo / del engréido mando en la tribuna” (117–18). Es preciso sugerir el rumbo que conduce al agente capaz de encarar estos desafíos y fundar un orden a partir de la ética económica y comunitaria que proporciona la agricultura. Se debía renacer, insiste, mediante el trabajo y el liderazgo tradicional que se le atribuía a las élites era insuficiente.

Al imaginar los agentes de la empresa que sugiere, el poema privilegia una figura heroica, viril y juvenil cuyo liderazgo se ha de medir por su voluntad de poder para doblegar, aferrado a la ley, la doble amenaza de la traición armada y de la palabra pública. Este sería el ciudadano que amerita el nuevo tiempo, el protagonista necesario para una nueva historia. Todos los caminos hacia este agente capaz de responder al horizonte histórico abierto por la independencia conducen, como la reformulación más general de Occidente, a “la triunfadora Roma” (125) que, antes de ser fundada “en las artes de la paz y de la guerra” (126), sostiene el poema, “fió las riendas del Estado / a la mano robusta / que tostó el sol y encalleció el arado” (127–29). Luego, al insistir en la formación de esos agentes clásicos sobre un proyecto romántico de fundación de un mundo e historia nuevos, asegura que fue “bajo el techo humoso campesino” (130), que el Estado romano “los hijos educó” (131) y éstos, sus hijos, fueron los “que el conjurado / mundo allanaron al valor latino” (“Agricultura” 131–32). Este relato de Modernidad que dibuja los agentes que han de articular el despliegue histórico y universal de América no cuestiona, sin embargo, la visión que, según Brian Stock, hace de la educación, la lectura y la alfabetización los fundamentos de la educación ética del mundo clásico (6). Por el contrario, Bello sitúa esa visión al interior

de una maquinaria capaz de producir una comunidad cuyos miembros agencien una historia local de proyección universal. La historia es una, la misma y sin embargo, para poder hacerse cargo de ella, los hijos del colonialismo han de transformarse a sí mismos y mediante el trabajo, en otros.

Al alero de la trayectoria de un Occidente que renace y cuyo origen liga Bello al mundo clásico, "Agricultura" convoca a los "afortunados poseedores" de aquella "tierra hermosa" a romper "el duro encanto / que os tiene entre murallas prisioneros" (138-39). Es imprescindible, insiste, una vez más, abandonar el "infecto caos" del orden urbano legado por la colonia para pensar, siquiera, su superación ("Agricultura" 146). Bajo este imperativo, cobra forma el diseño épico de la historia americana y surge la medida a partir de la cual deben evaluarse sus eventuales agentes. Éstos han de abandonar la polis colonial en función de iniciar una marcha histórica que debe ser desplegada desde fuera, más allá de los muros de la ciudad letrada y colonial. Si bien el llamado es amplio, no todos son elegidos ni elegibles. El poema intuye que en la ciudad permanecerá "el vulgo de las artes laborioso, / el mercader que necesario al lujo / al lujo necesita, / los que anhelando van tras el señuelo / del alto cargo y del honor ruidoso," en síntesis, "la grey de aduladores parásita" (140-45). En consecuencia, no sólo las greyes sin cuento son excluidas de la historia americana sino que, también, las greyes "parásitas" que carecen del protagonismo necesario para ingresar a una eventual modernidad. Esta doble depuración refuerza el llamado a la juventud a protagonizar una travesía que rompa tanto con el ocaso europeo que arrastran las ciudades americanas como con su disolución en la naturaleza como le ha sucedido a las poblaciones nativas: "el campo es vuestra herencia," insiste ("Agricultura" 147). Este legado no remite sino al grado cero de una América posible, lejos de la ciudad y cuyo comienzo apunta a la remota e hipotética aurora griega del Occidente al que acude el poema tras un origen o, en rigor, tras una matriz estética e histórica.

El retorno al campo y el abandono de las ciudades para iniciar la ruta que no sólo ha de redimir la historia colonial americana sino que, al mismo tiempo, abrirá la opción de un nuevo punto de partida para Occidente, tienen en el placer un principio vital ("Agricultura" 147). Junto a los "durables goces" que proveería la agricultura como actividad forjadora de lo humano (160), el campo permite, asimismo, cultivar "la libertad" (149) y "la virtud" (155). En consecuencia, el placer, la libertad, y la virtud están unidos a la voluntad de rehacer Occidente en América y perfilan la autoridad ética, la fortaleza, y la

voluntad de victoria para enfrentar a los adversarios de esta utopía agrícola de recomposición política. Quienes se oponen a este empeño no se reducen a “el magnate / [que] entre armados satélites se mueve” sino, insiste Bello, incluye la ciudad misma como espacio cultural y político, como ámbito de gestación histórica (149–50). Es allí donde no sólo “de la moda, universal señora, / va la razón al triunfal carro atada” sino que, además, “a la fortuna [va atada] la insensata plebe” (151–53). Al mismo tiempo, también en la ciudad “el noble al aura popular adora” (154). La ruptura no es fácil. El programa no se apoya únicamente en los parámetros de modernidad que cruzan el poema. La cultura urbana tiene a la juventud presa del legado colonial y a las elites dependientes del reconocimiento popular. El énfasis republicano está muy por encima de cualquier ilusión democrática en Bello. Deja muy claro el rechazo a que el “aura popular” le imponga su impronta tanto a las diversas alternativas políticas en juego al interior de la ciudad como a las opciones de futuro que se abren tras la fractura independentista. Huir del “aura popular” ayudaría a formar éticamente a la juventud y a las elites que redefinirán las comunidades legadas por el colonialismo. Se trata, en cierto sentido, de lo que Quijano ve como la reformulación institucional de la colonialidad del poder tras las guerras de independencia (567). Sólo entonces, señala el poema, es preciso buscar la paz y, lejos del rencor y la envidia, renacer en un lugar creado por “el contento, el trabajo, el aire puro” (“Agricultura” 169). La contaminación de la ciudad colonial ha condenado esos espacios y los relega a la exterioridad de la historia que debe nacer sobre los campos. Es parte de las condiciones especiales que habría requerido el florecimiento de los pueblos, según reconoció Mariano Picón Salas en el pensamiento histórico de Bello (xli). El énfasis ético del programa trazado por “Agricultura” subraya, entonces, las condiciones dadas por la naturaleza para llevar a cabo una travesía universal.

La matriz de modernidad puesta en juego por Bello rechaza el “aura popular” de la ciudad pero pide “el aura respirad de la montaña” para, literalmente, recuperar el vigor, retrasar la vejez y reponer el color al rostro (“Agricultura” 175). El tiempo vital y biológico queda subordinado a un deseo de conversión total sobre una temporalidad histórica abierta, pura posibilidad concebida desde el sueño. La urgencia del llamado del poema de Bello responde a la necesidad de impulsar cambios radicales para contrarrestar la tendencia cultural y política consolidada tras las guerras de independencia, las que no habrían sino reproducido el curso colonial. El desafío, tal como

destaca la referencia a Roma, era crear un Estado sujeto a la ética del trabajo, del trabajo agrícola y a la conversión productiva de la juventud. Esta economía de redención forja el protagonista de esa historia de cambios sobre una narrativa de proyección universal y amparada en la consolidación de una comunidad política. El diseño se liga, de este modo, a los proyectos nacionales. Es lo que señala al final el poema. Sin embargo, la envergadura de ese cometido deja caer una serie de interrogantes acerca de la capacidad de las nuevas generaciones para encararlo. No todo es certeza. Junto a los deseos va la incertidumbre y sobre ambos cobra forma el despliegue de la voluntad. En tal sentido, "Agricultura" indaga si acaso "¿[e]speraréis que forme / más venturosos lazos himeneo[?]" (195–96). Habría sido urgente crear comunidades soberanas, fuertes, en condiciones de disciplinar o reordenar el pasado. Se debía rechazar toda acentuación de los conflictos que la coyuntura histórica post-independentista había heredado y que, en rigor, la delineaban: "cerrad, cerrad las hondas / heridas de la guerra" (203–04). Este doble desafío, recomponer éticamente una comunidad política y disciplinar su memoria, conduce, de nuevo, al campo donde "el fértil suelo, / áspero ahora y bravo, / al desacostumbrado yugo torne / del arte humana, y le tribute esclavo" (204–07). De allí en más, el texto es una formulación poética directa y temprana de una Modernidad ligada a un discurso de emancipación cuyo eje es una economía concebida a partir de una ética de redención histórica. La comprensión de la economía a partir de esa ética liga el desarrollo económico, como ha dicho Arturo Escobar, a una lógica inscrita en una comprensión de lo humano (140). Bajo esta perspectiva, "Agricultura" enmarca la naturaleza americana y la humaniza desde un imperativo ético de productividad histórica.

Además de llamar a reactivar el estanque y el molino tras la guerra, "Agricultura" conmina a que "el intrincado bosque el hacha rompa, / consume el fuego" para, luego, "abrid en luengas calles / la oscuridad de su infructuosa pompa" (210–12). La naturaleza, la misma que al inicio del poema es plena generosidad fecundada por el sol, constituye ahora una improductividad iluminada por el sueño, es "infructuosa pompa" que ha de ser sometida a la voluntad humana. El proceso lleva, en la imagen de ciertos productos, a olvidar a Europa, a esperar que "la manzana y la pera / en la fresca montaña / el cielo olviden de su madre España" (215–17). No sólo la historia sino que, bajo el impacto transformador de los herederos del colonialismo transformados en agente de su propio despliegue, también la naturaleza renace en América y hace posible el olvido que precede la conversión histórica

dibujada por el poema. En dicho contexto, “Agricultura” inquiriere si tal empresa “¿[e]s ciego error de ilusa fantasía?” (223). Tras la duda retórica, continúa e insiste en que “[y]a dócil a tu voz, agricultura, / nodriza de las gentes, la caterva / servil armada va de corvas hoces” (224–26). En consecuencia, el poema, que ha partido con una mirada a la naturaleza y con un fuerte tono descriptivo, da paso a una visión de futuro articulada por un sueño de Modernidad y progreso. Este sueño lumínico, franca utopía postcolonial que cruza las “Silvas” de Bello y se proyectará sobre el siglo XIX, instala el fuego bajo la doble función de destructor de la naturaleza y de creador de un espacio humano. La visión inicial de la naturaleza en “Agricultura” da paso a la escena fáustica del agente que la somete a sus deseos de transformación: “[m]írola ya que invade la espesura / de la floresta opaca; oigo las voces / siento el rumor confuso; el hierro suena” (227–29). Su sometimiento logra uno de sus momentos más plenos con la imagen de “el ceibo anciano” que, “batido de cien hachas se estremece, / estalla al fin, y rinde el ancha copa” (231–35). Otro remite a la certeza de que, en esas tierras, “[h]uyó la fiera; deja el caro nido, / deja la prole implume / el ave, y otro bosque no sabido / de los humanos va a buscar doliente . . .” (236–39). Esta avasalladora Modernidad y la instalación de sus fronteras en el umbral del siglo XIX, hace de la naturaleza el escenario donde irrumpen un agente que al transformar la tierra, cobra tanto su condición humana e histórica como, asimismo, define su inscripción universal.

Ya el poema ha insistido en la inviabilidad histórica de la población nativa, en una actitud comparable a la mirada que, según Shaobo Xie, apunta a un pasado colonial que permanece, que se resiste y que, sin embargo, puede, desde sus límites, ser interrogado y criticado (15). Allí se ubica el apolíneo y prometeico conflicto entre los hijos del colonialismo que dejarían la cultura urbana colonial para asumir su condición de herederos de Occidente reconociendo, de paso, el agotamiento o muerte de uno de sus ciclos. Entonces, una naturaleza americana maternal y generosa espera su destrucción transformadora, consagrando su sacrificio en aras de la historia. El pasado colonial le permite a Bello subrayar que Occidente es una tarea incompleta que aún anima el deseo de transformación e instala, bajo nuevas hegemonías, el grado cero de la historia americana. Ésta ha de surgir a partir de la aniquilación de toda otra forma de existencia social sobre una naturaleza cuyos paisajes merecen un elogio previo a su fáustica y transformadora destrucción. Los hombres soñados por Bello la acometen y, al final, “[y]a de lo que antes era / verdor hermoso y fresca lozanía, /

sólo difuntos troncos, / sólo cenizas quedan; monumento / de la dicha mortal, burla del viento" ("Agricultura" 247-51). El ingreso a la historia no sólo es la despedida de la naturaleza sino que la entrada a una dimensión humana cuya fragilidad y finitud expresan su máxima realización. La fractura estética entre una visión de la naturaleza que subraya su fecundidad y otra que enfatiza su completa destrucción como requisito histórico, convergen en la factura de esa humanidad. Una y otra nutren el hombre nuevo que viene tras su redención laboral y el retorno a una aurora ética que le permitirá producir una historia americana o, en otros términos, hacer de América una historia sobre los escombros de su naturaleza.

Los "monumentos de la dicha mortal," los de la naturaleza aniquilada, son el interludio de un sueño donde "al vulgo bravío / de las tupidas plantas montaraces, / sucede ya el fructífero plantío / en muestra ufana de ordenadas haces" ("Agricultura" 252-55). Lejos de la armonía con la naturaleza que el género y la factura estética de las "Silvas" parecían dibujar, cobra forma una voluntad de absoluta transformación que no es sino el adiós definitivo a la naturaleza. A diferencia de "Alocución," el cuadro que funde naturaleza, sol y voluntad humana en "Agricultura" culmina con una apelación al "Buen Dios," al que se le pide que "no en vano sude, / mas a merced y a compasión te mueva / la gente agricultora / del ecuador" ("Agricultura" 269-72). En consecuencia, sobre los residuos de una naturaleza que en este sueño de futuro cede a la industriosa fusión de ética y agricultura, emerge una súplica que no rompe el estado onírico ni apela a la luminosidad del sol de la razón que marcaba, en *Alocución*, la ruta de Occidente. De hecho, enfatiza ante esa imagen divina, presuntamente la misma a la que se ha apelado antes, que, después de "tantos años de fiera / devastación y militar insulto, / aún más que tu clemencia antigua implora" (275-77). La naturaleza fecundada por el sol halla en la misericordia divina el respaldo a la intervención humana que instala una historia. No sólo lo humano emerge históricamente de ese proceso sino que a partir de él, se establece la nueva alianza entre economía, iluminación divina y conversión histórica. La petición de merced, compasión y clemencia a ese "Buen Dios" tendría, por parte de los americanos, "su rústica piedad, pero sincera" como ofrenda (278). La fuerza generatriz es desplazada por una voluntad divina, humanamente impredecible y aliada al dominio de la naturaleza. Sólo entonces emerge en el poema una figura celestial capaz de ordenar la naturaleza, regir la historia y proyectarse como "árbitro de la suerte soberano," cuyo interlocutor son las jóvenes naciones,

invocadas al final del poema (290). Los sujetos laboriosos redimidos por la agricultura de un legado que el trabajo purifica se transforman en naciones. Finalmente, con las naciones americanas como herederas de Occidente, sujetas a la alianza entre misericordia divina y voluntad humana, el poema delinea, bajo criterios diferentes al *marón americano* anhelado en *Alocución*, la búsqueda de la escritura que pueda narrar, dar cuenta, articular textualmente ese proceso.

Si a la divinidad aludida, maestra del universo, la naturaleza y la humanidad, le plugo “que, suelto el cuello de extranjero yugo, / erguiese al cielo el hombre americano,” sería lógico que “benedicida de ti se arraigue y medre / su libertad” en el nuevo mundo (“Agricultura” 291–94). Por lo tanto, el mismo texto que llama a volcar la vida a la agricultura y a hacer de dicha actividad la matriz política, económica, moral y cultural de la historia americana, concluye con la plegaria a una divinidad que fija sus límites. Asimismo, cierra la búsqueda ética de un agente mediante el cual relanzar la trayectoria de Occidente con las naciones, las jóvenes naciones, como protagonistas de esa refundación histórica. Esta relación entre naciones y divinidad suturaría la visión más general de la Modernidad puesta en juego por el poema. Luego, la presunta alianza entre religión, nación y ética agrícola sustentaría el sueño de un futuro luminoso entrevisto en los versos finales. La plegaria clama por la eliminación de “la malvada guerra” y pide que “el miedo de la espada asoladora / al suspicaz cultivador no arredre / del arte bienhechora, / que las familias nutre y los estados” (294–99). Luego, bajo una figura protectora, divinizada y sempiterna, la historia va a lograr su articulación en función de un futuro de paz, a partir de la relación entre familia y Estado. La aspiración a la paz y a la perpetuación de su “arte bienhechora” va unida a la certeza de que “[a]saz de nuestros padres malhadados / expiamos la bárbara conquista” (302–03). Es la redención novomundista aludida por Juan Liscano (312). En este contexto, según Domingo Arteaga Alemparte, Bello habría visto “en el cultivo del campo, el mejor bálsamo para las heridas de la reciente guerra de independencia, y el secreto de su felicidad doméstica y la prosperidad nacional” (67). La culpabilidad por los estragos de la experiencia colonial y la conquista rige, de manera precisa, la gramática de redención histórica que sostiene la imagen del futuro esbozada al final del poema.

Un aspecto que se observa a lo largo del poema es la convicción de cargar con la herencia culposa de un Occidente que, sin embargo, ha de ser relanzado tras reformular su trayectoria una vez agotado el colonialismo ibérico. Este desafío apela a una ética sujeta al trabajo

agrícola y al campo como espacio, práctica y experiencia humana de redención cultural, política e histórica. En el contexto de una crisis general, la ética de Bello, con toda su normatividad, sostiene el deseo de fundar un orden absoluto bajo el anhelo de una suerte de kantiana paz perpetua. Al mismo tiempo, la voluntad de transformación puesta en juego por el texto traza una biopolítica capaz de forjar los actores de su despliegue histórico. En dicho contexto, “Agricultura” formula una ética laboral y productiva que exige la conversión del voluntarismo marcial y sacrificial de la victoria militar en *caritas* que reclama el perdón y el olvido como requisitos no sólo para soñar sino que, sobre todo, para construir un origen. Luego, sin víctimas ni victimarios, toda otredad se ubica como aquello que excede tanto la voluntad de los héroes como la amnistía necesaria tras la derrota de España para asegurar la redención moral, política e histórica de su progenie americana. El trabajo agrícola permite, asimismo, la redención de los “padres malhadados” y lanza, al interior de este sueño londinense, la trayectoria de un Occidente cuya realización pasa por destrucción transformadora de la zona tórrida. Sobre los escombros de esa naturaleza y la furia modernizadora de la estirpe colonial, lo humano dibujado por este proceso borraría toda diferencia americana entre protagonistas de un relato cuyos agentes fueron forjados, de una vez y para siempre, por el mundo clásico. El futuro pasa por ese retorno y por el olvido del ciclo que se agotaría en Europa. Bajo esta perspectiva, los crímenes de la conquista pueden ser redimidos por un futuro que restaure una voluntad creadora de *humanidad* a partir de un nuevo y difuso agente de aspiración universal: la nación. Ayuda a entender este fenómeno la noción post-colonial de Simon Gikandi sobre la temporalidad de la modernidad colonial y nacional en el imaginario puesto en juego por el poema (636). Es decir, la idea de que América espera ser inscrita en la historia negaría la posibilidad de que lo hubiera sido por la colonia pero, a la vez, insiste en que se trata de una tarea pendiente que aún espera a la vera de la misma ruta que habría señalado.

La alusión a los padres conquistadores precede la escena desoladora de las guerras independentistas e, incluso, del genocidio indígena. Ambos momentos se subordinan a un momento anterior, el mundo clásico, sólo desde éste es posible dar forma a una perspectiva para mirar el presente e imaginar, soñar, el futuro. Finalmente, la mirada a una América violenta o violentada permite volver la vista a un periodo previo al estallido de la crisis colonial y cuya calma habría hecho prosperar campos y ciudades. Es la nostalgia por un momento

colonial que no se reduce a la fase de conquista, que precede la crisis colonial y al cual no parece haber retorno; su réplica pasa por su superación. Es la construcción de un momento colonial como imagen de una felicidad, espacio y tiempo perdidos que asoma bajo la pregunta acerca de “¿[c]uántas doquier la vista / no asombran erizadas soledades, / do cultos campos fueron, do ciudades?” (“Agricultura” 304–05). En esta reconstrucción del pasado, la nostalgia por la ciudad colonial perdida de una vez y para siempre es sólo homologable a la que desatan los imperios precolombinos. Es decir, la recuperación de Occidente en América permitiría que hasta la barbarie colonial pueda ser redimida ya que, tras los sacrificios de la épica nacional, “[s]aciadas duermen ya de sangre ibera / las sombras de Atahualpa y Motezuma” (310–11). La venganza ya ha sido cometida; los crímenes se equiparan. La gesta independentista no sólo emancipa la memoria sino que habría hecho posible vengar los destruidos imperios precolombinos mediante un protagonismo criollo que supera a los padres ibéricos y sepulta definitivamente las poblaciones indígenas. La voluntad post-colonial tras una nueva trayectoria histórica de un Occidente hunde sus orígenes en la aurora clásica y disciplina su memoria colonial. Allí se encuentra también con el benjaminiano ángel de la historia que, en éste caso, es el de la paz. La divinidad aludida previamente, la misma que hace de segmentos del poema una plegaria, asegura, “el ángel nos envía, / el ángel de la paz, que al crudo ibero / haga olvidar la antigua tiranía, / y acatar reverente el que a los hombres / sagrado diste, imprescriptible fuero” (318–22). Redención y perdón convergen sobre una el imperativo político de la amnesia como un requisito de la realización histórica de la experiencia colonial y post-colonial americana.

La historia que nace a partir de la gesta independentista y cuyo proyecto aún no logra consolidarse, no sólo espera que el “crudo ibero” pueda olvidar y acatar el “sagrado fuero” de los americanos sino que, además, insiste, de manera persistente, que el precio de esa paz es el olvido. Se espera que el mismo ángel de la paz “alargar le haga al injuriado hermano, / (¿ensangrentándola asaz!) la diestra inerme, / y si la innata mansedumbre duerme, / la despierte en el pecho americano” (“Agricultura” 323–26). El valor supremo al que aspira el poema es “la libertad más dulce que el imperio, / y más hermosa que el laurel la oliva” (335–36). Perdón, olvido y redención histórica parecen confundirse. El valor supremo de la paz y la necesidad del olvido para consagrarla (de Europa en los frutos, de la polis colonial en empresa económica y productiva, de la guerra y de

las comunidades indígenas marcadas por su inviabilidad histórica), permiten soñar un futuro posible sobre el poema. Esa utopía culmina en un llamado a las jóvenes naciones a “honrad el campo, honrad la simple vida / del labrador, y su frugal llaneza” (351–55). La simple reducción de estos versos a una obsesión estética neoclásica ignora su impacto sobre los relatos postcoloniales que cruzarían el siglo XIX. Esa utopía poética porta, valga insistir, un modelo ético, económico y político para naciones que asombran a Occidente por sus “tempranos laureles” (356–58). La paz habita el campo, su cultivo va de la mano de la agricultura y en esta actividad radica la oportunidad para hacer del asombro ante la acción marcial el reconocimiento por la fortaleza política.

La ecuación final entre ley y libertad responde al imperativo de controlar la ambición y no hace sino reforzar la presunción de que ésta, la ambición, habita la ciudad y que la fuerza capaz de controlarla, aferrada a la ley, ha de venir del campo, de la juventud cultivada a partir del embate con la naturaleza. Sobre esta fórmula surge tanto la visión de humanidad que cruza el texto como la de universalidad ligada al rescate de Occidente a partir de la redención ética de los retoños del colonialismo mediante el trabajo agrícola. A partir de allí, América ha de articularse fuera del curso colonial y lejos de la dinámica bélica posterior a la afirmación de soberanía e independencia, pero teniendo como horizonte su eventual universalidad histórica. Bajo esta perspectiva, asoma en este sueño de futuro la voz de gentes imaginadas que, al final del poema, reconocen a los herederos del colonialismo europeo en América diciendo “hijos son éstos, hijos, / (pregonará a los hombres) / de los que vencedores superaron / de los Andes la cima / de los que en Boyacá, los que en la arena / de Maipo, y en Junín, y en la campaña / gloriosa de Apurima, / postrar supieron al león de España” (“Agricultura” 366–73). El momento épico no sólo funda una lectura histórica sino que traza la genealogía de las comunidades políticas que han de ordenarse sobre el Nuevo Mundo. El llamado a la paz, a la agricultura y al campo es subordinado al momento heroico y bélico del quiebre con España. La marcialidad de la guerra halla en la disciplina del trabajo y la ética agrícola la fórmula que asegura su continuidad al iniciar la construcción de una historia cuyos anhelos de universalidad no hacen sino reforzar los límites del Occidente que reclaman.

OBRAS CITADAS

- Ahiska, Meltem. "Occidentalism: The Historical Fantasy of the Modern." *The South Atlantic Quarterly* 102.2-3 (2003): 351-79.
- Alegria, Fernando. *La poesía chilena*. Berkeley: U of California P, 1954.
- Araya, Guillermo. "América en la poesía de Andrés Bello." *Diálogos Hispánicos de Amsterdam* 3 (1982): 49-95.
- Arteaga Alemparte, Domingo. "Poesías de don Andrés Bello." *Estudios sobre Andrés Bello*. Ed. Guillermo Feliú Cruz. Vol. 1. Santiago de Chile: Fondo Andrés Bello, 1966. 65-72.
- Barnola, Pedro. *La poesía de Bello en sus borradores*. Caracas: Imprenta López, 1962.
- Bello, Andrés. *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1952.
- Bocaz, Luis. *Andrés Bello, una biografía cultural*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000.
- Bolívar, Simón. "Carta de Jamaica." *Doctrina del Libertador*. Ed. Manuel Pérez Vila. Caracas: Ayacucho, 1976. 55-75.
- Bruyn, Frans de. "Reading Virgil's *Georgics* as a Scientific Text." *English Literary History* 71 (2004): 661-89.
- Cornejo Polar, Antonio. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP, 1989.
- Cardozo, Lubio. "Andrés Bello, entre los precursores de las luchas contra el colonialismo cultural en Hispanoamérica." *Kañina* 6 (1982): 57-59.
- Castro-Gómez, Santiago. "The Social Sciences, Epistemic Violence, and the Problem of the 'Invention of the Other.'" *Nepantla* 3.2 (2002): 269-85.
- De Ávila Martel, Alamiro. *Andrés Bello y la primera biografía de O'Higgins*. Santiago de Chile: Editorial de la Universidad de Chile, 1978.
- Delgado, Elena y Rolando J. Romero. "Local Histories and Global Designs: An Interview with Walter Mignolo." *Discourse* 22.3 (2000): 7-33.
- Escobar, Arturo. "Economics and the Space of Modernity: Tales of Market, Production and Labour." *Cultural Studies* 19.2 (2005): 139-75.
- Figuroa, Ana. "La escritura de la ciudad para el establecimiento de la nación, y generación de mitos históricos en El Movimiento Literario de 1842: Bello, Lastarria, Sarmiento." *Estudios Filológicos* 37 (2002): 211-24.
- Fuchs, Barbara and David J. Baker. "The Postcolonial Past." *Modern Language Quarterly* 65.3 (2004): 329-40.
- Gikandi, Simon. "Globalization and the Claims of Postcoloniality." *The South Atlantic Quarterly* (2001): 627-58.
- González Stephan, Beatriz. "Modernización y disciplinamiento: La formación del ciudadano: del espacio público y privado." *Esplendores y miserias del siglo XIX*. Ed. Beatriz González Stephan, Javier Lasarte y María Julia Daroqui. Caracas: Monte Avila, 1994. 531-55.
- Greene, Roland. "Colonial Becomes Postcolonial." *Modern Language Quarterly* 65.3 (2004): 423-41.
- Krebs, Ricardo. "Bello y la historia." *Homenaje a don Andrés Bello*. Ed. Domingo Santa Cruz Wilson. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile, 1982. 251-65.
- Lander, Edgardo. "Eurocentrism and Colonialism in Latin American Social Thought." *Nepantla* 1.3 (2000): 519-32.

- Lira Urquieta, Pedro. *Andrés Bello*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Liscano, Juan. "Andrés Bello, civilizador." *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 59 (1994): 305–18.
- Lowry, S. Todd. "The Agricultural Foundation of the Seventeenth-Century English Oeconomy." *History of Political Economy* 35 (2003): 74–100.
- Macaya, Emilia. "Los recursos de la épica antigua en Alocución a la poesía de Andrés Bello." *Kañina* 5 (1981): 39–42.
- Mignolo, Walter. "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference." *The South Atlantic Quarterly* 101.1 (2002): 57–96.
- Miranda, Julio E. "Andrés Bello, poesía, paisaje y política." *Cuadernos Hispanoamericanos* 500 (1992): 153–67.
- Montaldo, Graciela. "El cuerpo de la patria." *Hispanérica* 23.68 (1994): 3–20.
- Montes, Hugo. "El pensamiento poético de Bello." *Homenaje a don Andrés Bello*. Ed. Domingo Santa Cruz Wilson. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile, 1982. 47–56.
- Ning, Wang. "Orientalism versus Occidentalism?" *New Literary History* 28.1 (1997): 57–67.
- Pedraza Gomez, Sandra. "El régimen biopolítico en América Latina." *Iberoamericana* 4.15 (2004): 7–19.
- Picón Salas, Mariano. "Bello y la historia." *Obras completas de don Andrés Bello*. Vol. 23. Caracas: Ministerio de Educación, 1952. xi–lxii.
- Quijano, Alonso. "Coloniality of Power, Eurocentrismo, and Latin America." *Nepantla* 1.3 (2000): 533–80.
- Ramos, Antonio. *La personalidad de don Andrés Bello*. Asunción: Sociedad Bolivariana del Paraguay, 1966.
- Rotker, Susana. "Calibanes y talentos en los albores de la Independencia." *Territorios intelectuales*. Ed. Javier Lasarte. Caracas: La Nave Va, 2001. 185–91.
- Squella Narducci, Agustín. *Andrés Bello y la educación*. Valparaíso: Edeval, 1982.
- Stock, Brian. "Ethics and the Humanities: Some Lessons of Historical Experience." *New Literary History* 36 (2005): 1–17.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 1. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.
- Troncoso Araos, Ximena. "Bello, Lastarria y nuestra ambigua relación con los Mapuche." *Atenea* 488 (2003): 153–76.
- Xie, Shaobo. "Rethinking the Problem of Postcolonialism." *New Literary History* 28.1 (1997): 7–19.
- Veen, Couze. *Occidentalism. Modernity and Subjectivity*. London: SAGE, 2000.